José Luis Sampedro

La balada del agua

100

1917-2017
José Luis
Sampedro

Un hermoso texto sobre la naturaleza y el ser humano.

«Destruir el mundo en que vivimos es destruir la casa en que habitamos», solía decir José Luis Sampedro. Y es que la preocupación por los problemas medioambientales y la sostenibilidad del planeta fue constante a lo largo de toda su vida y de su obra.

En 2008, y con motivo de la Exposición Internacional de Zaragoza, escribió La balada del agua, una delicada fábula alegórica en la que los cuatro elementos se reúnen y discuten sobre el futuro de la Humanidad. Como recuerda Olga Lucas, «su primera idea fue escribir un ensayo divulgativo que sirviera además a maestros y profesores para concienciar a los más jóvenes. Pero en uno de sus viajes a Andalucía, la belleza de un geranio espectacular despertó su sensibilidad poética y el ensayo se transformó en balada, en esta Balada del agua, y en embrión de Cuarteto para un solista».

Traducida al inglés y al francés, se presentó en una edición trilingüe en la misma Expo de Zaragoza.

José Luis Sampedro

La balada del agua

ePub r1.0
Titivillus 18.05.2023

José Luis Sampedro, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

EL GERANIO

A la pelada altura de la montaña que ya no alcanzan los pastos, frena la pendiente una roca empinada alzándose como una alta proa. En ella se abre a ras de tierra una oquedad junto a la cual brota del suelo un geranio. Su inesperada presencia resulta inverosímil, pero allí está bien firme: su breve ramaje verde casi oculto bajo las flores, apiñadas en apretada maraña a manera de encendida cúpula. Una roja explosión, pero no del granate oscuro de la sangre sino del bermellón luminoso de la vida.

A su alrededor, en el rellano al pie del risco, sólo hay guijarros caídos de la roca y algún matojo de escaso verdor y áspero ramaje. Hostil entorno para el único grito de color a la vista, arraigado con impávida voluntad de permanecer.

El rojo milagro es contemplado con maravillada ternura por una mujer recién aparecida en la oscura oquedad de la roca. Se acerca al geranio, se inclina hacia la planta hasta casi besarla. «¿Cómo has podido llegar tan arriba?», se pregunta. «¿Qué pajarillo traería tu semilla entre sus plumas?».

La mujer, ya madura, viste de negro como tantas labradoras. Los grises cabellos recogidos en un moño encuadran un rostro surcado de años pero radiante de fortaleza, visible también en el andar afirmado y en el brillo intenso de los ojos. Su falda llega hasta las abarcas de cuero, calzadas sobre negras medias de lana, obra de sus manos. No encuentra respuesta a sus preguntas sobre el prodigio, pero no importa. Lo esencial es la férrea voluntad que percibe en la frágil flor, erigiéndose por sí sola en toda una primavera de las alturas y convocando un aire de abril y un sol de mayo. Y esa mujer

no falla nunca cuando identifica ante ella lo esencial.

La saca de su contemplación el rumor de un conocido borboteo. Se da la vuelta y advierte a pocos pasos la repentina afloración de un manantial a ras del suelo, creando una pequeña corriente que fluye ladera abajo. La mujer sonríe y no se desconcierta cuando del agua se eleva una neblina que cuaja y se moldea hasta convertirse en una joven envuelta en ondulante túnica celeste y calzada con primorosas sandalias de tiras doradas.

—¡Madre querida! —exclama la aparecida fundiéndose en un abrazo con la campesina.

—Te encuentro más delgada, Agua —comenta preocupada la mujer.

—Pues tú… —pero se interrumpe sorprendida por el vibrante bermellón del geranio—. ¿Y esto? ¡Otro milagro tuyo, tan monte arriba!

—Sí, ha nacido de mí, pero se plantó él. Ya ves, en esta sequedad. No sé cómo resiste.

Agua sonríe y mantiene un momento su mano por encima de la flor. Cuando la retira brillan más los pétalos y las hojas afelpadas sostienen unas gotas transparentes.

Con espontánea naturalidad se sientan ambas en el suelo unidas por la cintura.

—Tú sí que estás desmejorada, madre, pero me lo temía. Nuestra Gran Señora me lo advirtió, acercándose a mi orilla. Insistió mucho en que nos reuniéramos los cuatro y avisé a los otros dos. ¿No han llegado?

—Eres la primera, hija. Me alegro de que la Vida también se preocupe.

—Bueno, preocupada no está; ella lo supera todo. Pero te ve y quiere que te cuides.

—¿Y cómo? ¡No puedo más, hija, no doy abasto! Los hombres son insaciables. Consumen y destrozan más de lo que yo puedo reponer; rebasan mi «biocapacidad». Así lo llaman ellos, porque palabras no les faltan.

—¡Qué me vas a decir! A mí tampoco me respetan.

—Ya no sólo me desgarran la piel y me abren heridas buscando mercancías. Hasta me dejan sin bosques, me agrandan los desiertos, me cargan de basuras y me van dejando sin labradores, que emigran a las ciudades. Hace treinta y cinco años, cuando les oí reunidos en Estocolmo, tuve alguna esperanza de que rectificaran, pero cada año es peor: más de lo mismo… ¡Van a acabar conmigo!

—No podrán, madre, no podrán. La Vida…

La interrumpe una violenta agitación de los matojos cercanos. El aire se arremolina ante ellas un instante, girando hasta desvanecerse. En su lugar aparece un joven ataviado con un chándal y gorra deportiva, que se quita inclinándose en un gentil saludo. Ambas le acogen regocijadas y Aire las abraza rompiendo a hablar.

—Me pareció escucharos acerca de mi gran tema.

—No mencionamos precisamente el clima, pero casi.

—Yo no soy el culpable sino otra víctima. Yo no produzco el calentamiento que nos envuelve.

—Una mata de espino arde en súbita llamarada pronto extinguida. Junto a ella ha surgido un robusto cazador, sonriente bajo su poblado bigote.

—¡Ya estamos los cuatro! —exclama Tierra con alivio.

—¿Estabais echándome la culpa del cambio climático? Pero el Sol calienta igual que hace un siglo y yo sólo salto por algún volcán de vez en cuando, así que no culpéis a Fuego.

—Tienes razón —aprueba Tierra—. Son los hombres con sus malditos gases y sus fechorías. Si siguen envenenando el aire y el agua no podrán vivir.

—¡Son como aquel tonto de pueblo —se indigna Tierra— que para conseguir leña, se montó a horcajadas sobre la rama de un árbol y empezó a cortarla por la parte unida al tronco! Claro, cuando acabó de cortar, cayó con ella el necio y se mató.

—Por supuesto que son ellos, sobre todo, los más adelantados con su estilo de vida —añade Fuego—. Hace poco pasé por Bali y en la Conferencia sobre el Cambio Climático oí llamar insostenible al

desarrollo actual, aunque oficialmente le califiquen de lo contrario. Hoy es ya imposible ofrecer a toda la Humanidad el nivel de vida de Inglaterra, pues eso exigiría tres planetas como tú, Tierra. Y para igualarla al nivel de Estados Unidos se necesitaría el doble.

—Pero a ti te respetan más que a nosotros —se queja Agua—. Yo estoy harta de recibir porquería y transmitir enfermedades.

—Y yo de que me perforen con estrepitosos aviones —se queja Aire.

—A mí ni eso —replica Fuego—. Me han echado de sus casas donde antes me querían para luz y calor. ¡Cómo alegraba yo sus chimeneas y cómo mimaban mis ascuas en el cariñoso brasero! Y en el candil, en la bujía ¡a cuántas mentes ilustres habré iluminado! ¡Y pensar que en otros tiempos nos adoraron como a dioses! Erais Gea, Eolo, Tetis y yo… ¡Ya entonces me robó Prometeo!

Se miran silenciosos, gravemente.

—Aún nos respetan en otras culturas y hasta somos sagrados.

—Sí, Aire —aclara Agua—, pero los modernos no nos reconocen como los pilares del mundo. Eso lo descubrieron grandes filósofos, fundadores precisamente de Occidente. Los mismos que definieron al ser humano con la sentencia: «El hombre es la medida de todas las cosas». Pero después otras ideas arrinconaron a esa máxima y prometieron al hombre nada menos que una eternidad, consagrándole Rey de la Creación. Con eso concibió tales planes de grandeza que le han trastornado. Nosotros como mundo le resultamos pequeños. Por eso empezó a transformarnos construyendo sobre lo que somos, desdeñando nuestras leyes.

—Pero ¿qué se han creído esos enanos? Sin nosotros no pueden vivir mientras que nosotros no los necesitamos —reprocha Fuego—. Lo mejor será salvar a nuestro planeta de esa plaga. Propongámoslo a la Gran Señora: con una buena catástrofe no sobrevive ni uno.

—¡Qué barbaridad! —exclama Tierra, pensando en sus criaturas y mirando al geranio cuya voluntad de sobrevivir admira tanto.

—Hay precedentes. Tu diluvio, Agua, o mi Sodoma y Gomorra. O lo que les pasó a los dinosaurios.

—A ésos los mataron desde fuera —aclara Aire.

—No discutáis —calma Agua—. Podemos hacerlo, pero lo nuestro no es destruir sin razón: no seamos tan locos como ellos. Intentemos comprender.

—¿Acaso merecen comprensión?

ÍCARO

—SON lo que somos todos, incluso nosotros y la misma Vida: manifestaciones de la Energía Cósmica, origen de todo —sigue Agua.

—¿De dónde sabes eso?

—¿Y me lo preguntas tú, Fuego, nacido antes que nadie como una de las formas en que se estructuró esa Energía? Hace miles de años lo afirmaban ya los sabios chinos. El mundo originario es un inmenso Vacío propicio para la Energía y sus manifestaciones. Ahora parece que lo van admitiendo los físicos. Los hombres, como todo lo que hay, son chispas de esa Energía materializada.

—¡Oye, eso no está mal! —recoge Fuego—. Siempre dije que vivir es arder. El mundo es una hoguera como era en mi infancia. ¡Me gusta!

—Pues el hombre es una chispa en esa hoguera. Salta un instante, traza una parábola ardiente y cae apagándose en ceniza.

—¿Nada más?

—¡Y nada menos! Porque la Vida, en su imparable desarrollo, al crear al ser humano alcanzó la más rica complejidad: un ser pensante cuya mente interpreta y razona siempre con espíritu de superación. La Humanidad se adelanta a todos como punta de lanza de la evolución y deja en el tiempo la estela de la Historia. No podemos destruir a los hombres, aunque ahora se arrojen ciegos a una catástrofe.

—¡Pero si hasta sus periódicos les repiten que su desarrollo es

insostenible! Por fuerza han de saberlo.

—Lo saben, pero no lo sienten. Los más ricos no padecen escasez, para los pobres sufrir es lo normal y todos se engañan sin proponérselo porque viven en el mundo que ellos mismos se han creado al margen de nosotros y piensan que podrán hacerlo funcionar a su capricho.

—¡Un mundo propio de ellos! —se asombra Tierra—. ¿Cómo han podido hacerlo?

—Con las palabras.

—¡Ah, admirables palabras! —se entusiasma Aire—. Su poder es mío. Me hago humano en un pulmón, recorro una tráquea, pulso ciertas cuerdas como un arpista y llego a la caverna bucal ya preparada para el susurro, el poema o el clamor. ¡Qué delicia, qué grandeza! ¡Cómo me siento realizado! Todos recordaréis, como yo, a los primeros descubridores del poder de la palabra, maravillados de sus efectos.

—Y, sobre todo, la escritura, Aire. Dar sonidos a las cosas fue admirable, pero representarlas con signos fue mucho más, pues permitió acumular conocimientos. Así se crearon casas, herramientas, caminos, leyes… En fin, todo un mundo cultural adecuado al ser parlante. Por esos motivos el hombre se sintió superior: Rey de la Creación, como le habían asegurado.

—¿Entonces hay otro mundo pegado a nosotros, pero diferente? —se extraña Tierra.

—Hay muchos mundos para el hombre, madre. Tantos como se proponga la mente humana, representándose la realidad de muchas maneras. Recuerda, por ejemplo, que en nuestros tiempos la gente creía que tú eras un disco plano y que el Sol giraba a tu alrededor bajo la bóveda celeste. Más tarde descubrieron tu forma esférica y que eres tú quien gira en torno al Sol. Y, además, ahora no hay bóveda celeste y la visión del mundo es mucho más compleja.

—Desde luego la mente humana ha alcanzado éxitos grandiosos, hasta hace poco impensables —afirma Aire—. Las comunicaciones instantáneas, la energía nuclear y, como guinda del pastel, el viaje a la Luna que me deja a mí como un ligero velo de ti, Tierra. Sería

triste destruir tanto talento con un diluvio terminal. Pero ¡cuidado! —advierte Agua— las nuevas creaciones, condicionadas siempre por la realidad física que somos nosotros, se logran sin tenernos el menor respeto. Hace cinco siglos no era así porque, como decía un sabio de entonces, Paracelso, a la Naturaleza se la domina obedeciéndola. Los hombres y nosotros convivíamos en armonía. Ahora se nos explota y se nos destruye; se tiene tan ciega fe en la técnica que se la cree capaz de resolverlo todo y la Humanidad llega incluso a creerse en la posibilidad de hacerse distinta de lo que es. ¿Cómo os lo explicaría yo?… ¿Os acordáis de Ícaro?

—¡Pobre chico! —lamenta Tierra—. Su padre, Dédalo, construía laberintos y alguno ocuparía la cabeza del muchacho cuando se empeñó en volar como los pájaros, con unas alas de plumas adheridas a sus brazos con cera. Al acercarse al Sol, se fundió la cera y cayó al suelo matándose.

—Es decir, se empeñó en ser lo que no era y se estrelló contra la realidad. Ícaro resulta típico de los hombres civilizados. Se creen omnipotentes.

—Ya hasta buscan agua en Marte, mi planeta preferido —reprocha Fuego—. Se arruinarán quizás tratando de colonizarlo.

—¡Qué locura, mientras están agotando el agua aquí! Más barato y más útil sería reforestar el Sáhara, esa llaga que tengo clavada en el pecho.

—En eso del dinero no estoy de acuerdo. Viajar al espacio es cada vez menos costoso porque se ha progresado mucho y en cambio lo del Sáhara sería como comprar un continente entero. El dinero…

—¡Dejaos ya de dinero! —estalla Fuego—. ¿Es que nadie habla de otra cosa? ¡Me aburre ya la dichosa palabra!

—¿Por qué te pones así?

—¿Queréis saberlo? Pues necesito un buen rato.

—¡Esperad! —interrumpe Tierra—. Veo a mi dragón muy amarillento porque le falta su golosina. Éste es un buen momento para que tomemos nuestra tisana de siempre. Después nos explicas tu irritación, Fuego.

El dragón es un camaleón asido con sus patas prensiles a una rama del espino próximo. Sus ojos protuberantes están fijos en Tierra que, riendo, entra en su cueva pidiendo antes que le cojan las hierbas. Aire eleva sus manos juntas como un cuenco y a poco una breve corriente de viento deja en ellas un montoncito de hojas verdes. Aire las deposita en una jarra de arcilla traída por Tierra, recién vuelta de su cueva. Agua coge la vasija y se acerca al manantial de donde salta súbito como un surtidor que llena el recipiente con las hojas. Mientras, Tierra saca de su casa unas tazas y un platillo. Agua pone la jarra en las manos de Fuego que calientan el agua hasta la ebullición. Al poco rato la tisana puede ya servirse. El plato, conteniendo un poco de miel, es colocado ante la mata del camaleón, que se va coloreando de verde poco a poco mientras desciende de la rama.

—¿Le gusta la miel? —pregunta Aire mientras todos se sientan en corro.

—La miel no, los insectos que acuden a ella —corrige Tierra.

Así es. Cuando se acerca alguno, el camaleón, sin moverse, lanza como si echara un lazo su habilidosa lengua, enrollada en su boca, y captura la presa.

—¡Y parecía tan torpe! —comenta Fuego.

—Se mueve sin prisa, pero es listísimo —defiende Tierra—. Es hembra y vive conmigo hace mucho tiempo. La llamo Malaquita.

Los dos ojos del animal enfocan a Tierra. Se ha convertido en una pieza de jade verde.

Cambian algunos comentarios más y al cabo Tierra pide a Fuego que explique su disgusto ante el dinero.

EL REY MIDAS

—HACE poco —comienza Fuego— anduve por los Alpes, me detuve en Davos y encontré el lugar lleno de gente extraña. Muchos muy bien vestidos, pero también otros de piel morena o amarillenta con turbantes y curiosos cubrecabezas. Supe que se reúnen anualmente, casi siempre optimistas y satisfechos de la vida porque son gente adinerada. Por eso en esta ocasión me sorprendieron bastantes caras largas y otras desconcertadas, debatiendo sobre una crisis de dinero, al que daban nombres raros, como «subprime», «fondos soberanos», y otros términos nuevos para mí. A la vez se lanzaban ideas anticuadas, como la de protegerse comprando oro según se hacía antes. Otros, aunque obviamente enriquecidos gracias a las últimas facilidades financieras, recomendaban la vuelta a los viejos controles. Por lo visto, el dinero en abundancia se encuentra ahora en Asia: China, India, Singapur, Taiwán y los árabes del petróleo. Y para colmo, un tal Bill Gates insistía en la necesidad de un nuevo capitalismo.

—No entiendo nada —comenta Tierra—, pero me da igual. Yo no uso el dinero.

—Claro, te sucede lo contrario: el dinero te usa a ti —le aclara Agua— como a nosotros y a los hombres. Es el dios de ahora el que impone la ley del «más de lo mismo»: el desarrollo insostenible.

—¿Cómo puede ser así?

—Porque ahora el hombre ya no es «la medida de todas las cosas». Ni siquiera.

«Dios es la medida de todas las cosas», como decidió más tarde la

civilización occidental. Los teólogos estimaban tan poco el oro que hasta empezaron prohibiendo cobrar interés por los préstamos, pues «el dinero no podía parir dinero», era algo vil, sin virtud productiva.

—Tenían razón —sentencia Tierra.

—Los hechos desmintieron esa razón, pues progresaron las técnicas, aumentó el comercio y con ello la producción; crecieron las ciudades y los intercambios en sus mercados. El dinero resultaba indispensable y surgieron los banqueros. Fue imposible prohibir el interés del préstamo y los teólogos acabaron conformándose con que las cuentas quedasen claras: parece que la contabilidad por partida doble la inventaron los monjes. Sin embargo, el dinero no se libró de su mala fama, era un peligroso tentador del alma e indigno de ser apreciado. Era un mal necesario.

—Entonces, si el dinero no tenía razón —arguye Aire—, ¿quién la tenía?

—Ni la teología ni el dinero. Se fue imponiendo la razón humana. Las experiencias fueron enseñando al hombre las verdades de las cosas. Empezaron a crearse Universidades y se extendieron las ideas del Humanismo. La nueva razón dio sus frutos y generó un ambiente en el que se multiplicaron los descubrimientos. Algo, Tierra, como aquella época en que de pronto la Vida se volcó en la evolución, creando nuevos animales, algunos de los cuales consiguieron volar.

—Recuerdo aquello —añade Aire—. ¡Cómo me asombró ver a algunos reptiles despegando del suelo! Corrían, saltaban y me hacían sostenerles en alto con sus nuevos miembros emplumados. Y también recuerdo cómo mucho después los hombres de Occidente dejaron atrás su suelo nativo para ir a otros mundos con alas que eran las velas de unas carabelas como cáscaras de nuez. ¡Qué feliz fui empujando aquellos pájaros marinos que dieron la vuelta a la esfera terrestre! ¡Cómo me divertía el asombro de sus viajeros al descubrir extraños seres entre árboles y animales nunca vistos! ¡Hasta las estrellas formaban nuevas constelaciones en sus noches! Todo eran maravillas: templos en pirámide, dioses emplumados, pájaros parlantes, máscaras de oro…

—¡Y volcanes! —interrumpe Fuego entusiasmado—. ¡Magníficos,

espléndidos, adorados como dioses!

—Y cataratas como mares derramándose —ríe Agua—, pero yo prefiero el siglo posterior: el dieciocho. Siglo de las Luces, merecedor de este nombre por sus grandes filósofos de la razón, pero también con hombres y mujeres adoradores de Dionisos y sus orgías vitales desafiando a las convenciones: los libertinos y su sagrada locura de la libertad prohibida. Bien se dijo después que quien no saboreó la existencia antes de la Revolución nunca conocería la alegría de vivir.

—Sí —se exalta Fuego—, porque, además, ese tiempo trajo la Revolución. El Ochenta y Nueve fue un año clave.

—Lo fue todo el siglo, en el que Occidente alcanzó su más alta cumbre. Hasta en sus guerras cuidaron las maneras. ¿Recordáis a aquel oficial francés que en la batalla de Fontenoy se dirigió a sus enemigos, los saludó quitándose el tricornio y los invitó: «¡Señores ingleses, disparen los primeros!»?

—Para mí —comenta Tierra—, lo más valioso de aquel siglo fue el consumo en Europa de la patata. La gente la creía venenosa.

¡Cuánto trabajo le costó al señor Parmentier que el pueblo se decidiera a comerla en sustitución de los nabos cotidianos!

—Hay sitios donde el XVIII sigue vivo —suspira Agua—. De vez en cuando la nostalgia de su arriesgado refinamiento me hace llover sobre los jardines de Aranjuez. Allí correteo por las acequias, salto por los surtidores y descanso en los amplios pilones de las fuentes decoradas con estatuas de los dioses olímpicos. Pero mi rincón favorito es el estanque junto al llamado «Pabellón Chinesco»: un quiosco japonés de madera con atrevidos aleros y salientes, cuya fantasía casi vegetal me impulsa a la meditación.

—¡Ah, por eso te aficionaste a esas ideas de los chinos! —ríe Fuego.

—Sí. Enriquecí el mundo de mis creencias nativas con el pensamiento oriental que he seguido escuchando a maestros del Tao. Ahora voy poco a Aranjuez —concluye dolida—. El estanque está seco y el Tajo, nuestro río mayor, baja a medio cauce y se estanca a pie del Palacio Real porque antes me han robado caudal en un trasvase.

—Por cierto —Aire vuelve al tema anterior para disipar tristezas—, ¿tratan del dinero esos maestros?

—Sí, pero no a la manera de Occidente. Ni como los teólogos ni como los banqueros. El dinero es para ellos algo tan superficial como los demás objetos.

—Entonces —continúa Aire—, volvamos al siglo XVIII porque en él se rehabilitó el oro por completo. El antes vil metal empezó a ser la divisa de los nuevos tiempos: «El dinero es la medida de todas las cosas» empezó entonces a generalizarse. Aunque todavía hacia 1700 la nobleza y el poder se fundaban en la posesión de tierras. En París tenían incluso su centro unos filósofos defensores de que la fuente originaria de todos los bienes materiales era la tierra. Era la secta de los fisiócratas dirigida por el médico: Francisco de Quesnay. Era un hombre ingenioso. Quería inculcar su filosofía al rey Luis XV para que se aplicara en Francia y, como no tenía acceso fácil al monarca, logró hacerse médico de la favorita real, madame de Pompadour, para atraerla a sus ideas. Estaba persuadido de que los encantos femeninos transmitirían al rey la sabiduría fisiocrática mejor que ningún libro. Pero el siglo XVIII también alumbró a un pensador escocés que arrinconó la teoría fisiocrática y analizando el funcionamiento de los mercados, resultó ser, sin proponérselo, el sacralizador del dinero.

—¿Un banquero?

—No, un filósofo social, Adam Smith.

Percibió que en el mercado la competencia tendía a reducir las discrepancias hasta acabar en un precio válido. Eso le llevó a afirmar que, en tal enfrentamiento de egoísmos contrapuestos, el proceso se resuelve «como si una mano invisible» condujera hacia el resultado más favorable para todos. Por consiguiente, el libre mercado se erigía en sistema del bien común: si los productos se encarecían o abarataban, nadie resultaba responsable y el precio era el mejor posible. Y, sobre todo, la expresión «mano invisible», que se hizo célebre, sugería una influencia misteriosa como providencial. Enriquecerse en el comercio dejó de ser mal visto. Fue como empezar a vivir en el país de Midas, el rey que convertía en oro todo lo que tocaban sus manos.

—Un siglo después —interrumpe Agua— lo explicó en pocas palabras el filósofo Marx diciendo: «El capitalismo lo convierte todo en mercancía».

—Por si fuera poco —continúa Aire— el célebre Benjamin Franklin, también en el siglo XVIII, popularizó la máxima «el tiempo es oro» que aún hoy se sigue usando como verdad evidente y muestra cómo se ha empobrecido la concepción del mundo en Occidente. El tiempo abarca la Vida en todas sus dimensiones y no sólo el dinero, que no puede comprarlo todo y menos aún la vida misma.

—Eso se vio bien claro en la Revolución Francesa —exclama Fuego satisfecho—. En ella hubo grandes altibajos de fortuna y pobreza, pero la gente apreció otros valores. La vida social cambió mucho.

—Sí —añade Aire—, porque el fecundo siglo XVIII aportó otra gran innovación utilizando tu energía, Agua, con la de Fuego, en la máquina de vapor. Eso inició la revolución industrial reforzada con la ocupación de colonias en todo el mundo. La creciente riqueza aceleró la demanda y consumo, desencadenando el «más de lo mismo» cuyos desmanes estamos sufriendo.

—Todo eso del dinero no me lo explico bien —pregunta Tierra—. ¿Hay que suprimir entonces el mercado?

—De ningún modo. Es imprescindible. La culpa es de quienes se amparan en la supuesta «mano invisible» para beneficiarse egoístamente, abusando de posiciones favorables, porque en el mercado los participantes no operan en pie de igualdad. Por una parte, los vendedores más ricos emplean publicidad y otras técnicas muy eficaces para provocar deseos en los compradores que, a su vez, si tienen dinero, pueden elegir mejor y agotar existencias privando a los pobres. Los ideólogos elogian la «libertad de elegir» en el mercado, pero esa libertad sólo se tiene si se puede pagar el precio. Pues el mercado carece de ética: entrega las mercancías a quien paga y no a quien más las necesita.

—Por otro lado —intercala Agua—, la útil competencia tiene también aspectos negativos. No sólo cuando es agresiva (como procura ser tantas veces) sino porque estimula la innovación, pues quien lanza un producto nuevo domina el mercado al no tener competidores. Innovar es beneficioso si aporta ventajas reales, pero

es un despilfarro cuando se utiliza (como ocurre, por ejemplo, en la moda del vestir) para sustituir objetos todavía aprovechables por otros sólo distintos en pequeños detalles que se adquieren para «estar al día» o «no ser menos». Estas motivaciones, frecuentes en los países ricos, vienen a ser una bulimia. Los nuevos materiales y artefactos creados constantemente por la ciencia son aprovechados rápidamente por el comercio para ofrecerlos en el mercado. Así ha ocurrido, sin ir más lejos, al descubrirse medicinas para las que fue preciso buscar alguna enfermedad consumidora. En esos casos los economistas modernos actúan al revés que sus antecesores, pues en vez de buscar recursos para satisfacer necesidades ya existentes, las crean artificiosamente para provocar la demanda de productos recién inventados. El mercado bien manipulado lo absorbe todo; quienes lo dominan son insaciables.

—¡Pero eso debería controlarse! —protesta Tierra—. ¡Eso es el desarrollo insostenible!

LA COMETA

—¿CONTROLAR? —salta Fuego sarcástico—. Si hubieses escuchado en Davos, como yo, a los financieros, no dirías tal cosa. «Desregulación» es su principio vital. Y «libertad» su grito de guerra.

—¡Libertad! —exclama Aire—. Siempre que oigo esa palabra, en el acto me pregunto «¿para quién?». Pues la pobre gente la pide para no sentirse oprimida ni explotada, pero el rico la quiere para no sufrir límites a su voluntad, lo cual no es libertad sino tiranía.

—Yo quiero libertad para hacer lo que me dé la real gana —se exalta Fuego.

—Pues procura que siempre te dé la gana algo que esté a tu alcance —corrige Aire— porque lo que quieres no existe. La libertad se encuentra siempre condicionada. En el mundo todo está conectado dentro de un entorno como en una jaula invisible. Los hombres dependen de nosotros cuatro y también de sus normas sociales. La libertad de palabra, por ejemplo, exige someterse a las reglas del lenguaje común; de lo contrario, no hay palabra sino ruido. Y la libertad consiste en sacar partido de esas normas para conseguir nuevos fines lo mismo que en el kárate se aprovecha el ataque del contrario para derribarle. No lo dudes, Fuego, esta verdad la aprendí jugando con las cometas que me lanzan a veces y que vuelan gracias a estar atadas. Sin la cuerda y la mano sujetándola la cometa no volaría. Es un encuentro fecundo de la voluntad humana con mi naturaleza. Exige dignidad para confiarse a mis alas sin abandono, antes bien con el esfuerzo de resistir a la cuerda y también a mis ráfagas. Parece que la cometa revolotea como le da

la gana, pero su vuelo no es caprichoso ni inconsciente sino una armonía de fuerzas. La atadura permite el vuelo, pues sin ella cae la cometa al pretender una libertad desenfrenada.

—Nunca había pensado así de la cometa, pero es verdad —reflexiona Tierra.

—Pues en el desenfreno estamos —dice Agua.

—¿No comprenden que es suicida? —insiste Tierra.

—Los científicos ya lo han demostrado de sobra —explica Aire— estudiando el medio ambiente y también los hábitos estresantes de las sociedades avanzadas.

—Al iniciarse ese desenfreno —lamenta Agua—, yo tuve alguna esperanza de que aparecieran influencias correctoras. En Asia otros pueblos han vivido milenios en armonía con la naturaleza y con estilos de vida movidos a un ritmo menos acelerado. Pero esas culturas están hoy contagiándose cada vez más de la mentalidad económica desarrollista con todas sus consecuencias. Se comprende porque se trata de multitudes casi en la miseria y los atractivos de la productiva tecnología occidental provocan una aceptación irresistible. Los hombres no aprenden la lección de Ícaro y se empeñan en ser más de lo que son. La Humanidad sigue esclava del rey Midas, olvidando que no podía ni comer porque sus manjares se volvían oro. Tampoco aprenden la lección de la cometa. No aceptan la cuerda de la gravedad con la que los sujeta la Tierra, y quieren saltar a otras órbitas celestes. Y lo peor es que con sus locas pretensiones nos deterioran a nosotros, que somos su hogar.

—A mí no —se enorgullece Fuego—, conmigo no pueden; me temen. ¿Qué miras, Agua…?

LA LIBÉLULA

AGUA corrige su actitud abstraída y se excusa:

—Perdona, Fuego. Contemplaba la libélula.

—Todos se fijan en el insecto que revolotea sobre el manantial recién nacido. Flota inmóvil en el aire; parece un milagro, pues sus cuatro alas no se perciben por ser translúcidas y por la velocidad del aleteo.

—Sorprendente, ¿verdad? —explica Aire—. La libélula es el mejor volador de los insectos. La langosta recorre distancias más largas, pero no puede hacer lo que veis: volar sin desplazarse, como los helicópteros.

Como si le molestaran los comentarios, la libélula da una sacudida y desaparece veloz entre los matorrales.

—¿Tú crees que los hombres rectificarán su conducta? —pregunta Tierra.

—Como ya dije —responde Agua—, perdí la esperanza de que otras culturas lo consigan, porque con su colonialismo Occidente ha pervertido los ideales de otros pueblos. Los ha tecnificado más o menos, pero les ha robado su inocencia, su concordia con la Naturaleza. Ahora buscan su identidad en el fanatismo: de la revolución, de la religión o de la riqueza.

—¿Qué va a pasar entonces, Agua?

—¿Por qué yo? No soy adivina.

—Eres la más sabia de los cuatro; la más preparada para cada

emergencia. Sí —insiste ante un gesto evasivo de Agua—, eres líquida y te adaptas a tus cauces, pero si yo estoy seca, te evaporas y me riegas desde las nubes, y si conviene permanecer, te haces piedra para dar cobijo incluso a los hombres… Dime, ¿cambiarán?

—Recordemos los hechos. Ellos ya cambiaron una vez cuando, siendo animales, la palabra los hizo humanos. Pactaron con nosotros y vivieron en presente hasta que concibieron ansias de eternidad y sueños de infinito incompatibles con su naturaleza mortal, atada al tiempo. Ahora su locura del «más de lo mismo» llega tan lejos que no les bastamos nosotros. Quieren ser lo que no son y se estrellan contra la realidad como Ícaro.

—¿Acabarán entonces destruyéndose? —interviene Fuego ilusionado.

—Pienso que acabarán rectificando, pero ¿cómo?, porque se puede cambiar para hacerse otro o, al contrario, para seguir siendo el mismo.

—¿Cambiar permaneciendo él mismo? ¿Es eso posible?

—Aprende de la libélula. Para hacerse como es, ha de sufrir un cambio tan complejo como es una metamorfosis. De sus huevos nace un animalillo como una pulguita que vive en mis aguas, y voracísimo de seres aún menores. Así vive cuatro o más años antes de que Vida le imponga una transubstanciación en el insecto volador que habéis visto. Con dos enormes ojos compuestos, un ancho tórax como cabina de helicóptero y fuertes garras. Resulta agresivo y feroz, conservando su originaria voracidad acuática.

—¿Y temes que la Humanidad siga siendo voraz aunque cambie?

—¡Ojalá me equivoque! —suspira Agua—, pero la barbarie actual me parece una metamorfosis compleja y retorcida que no mejorará a la Humanidad sino que conducirá a otra etapa ambiciosa. Hace siglos el lenguaje permitió al hombre transformarnos mediante su técnica, a nosotros, los elementos. Ahora empieza a transformarse a sí mismo con innovaciones como la informática, la nanotecnia, la neurobiología y, sobre todo, la genética. Con cambios genéticos y chips infinitésimos, insertos en su organismo, el individuo se deshumanizará y la sociedad podrá estar regida por déspotas científicos: pocos amos dueños de todos los resortes de la red y

muchos esclavos, acaso felices.

—¿Felices? —exclama Aire—. ¡Qué horror!

—Quizás felices, repito. No juzguéis el futuro con los sentimientos de hoy.

—No me gusta nada —repite Aire.

—No sufras. Puede evolucionar todo de otra manera: por la influencia de otras culturas en un mundo globalizado, por un accidente cósmico como el que fulminó a los dinosaurios, por una catástrofe nuclear…

—¡Lo que yo vengo proponiendo! —ataja Fuego—. O un diluvio como el antiguo.

—No cuentes conmigo, Fuego. En fin, puedo equivocarme.

Silencio. Fuego se levanta decepcionado.

—Se me hace tarde, queridos. Aparte del pronóstico final, Agua, creo que tienes razón. Cuéntaselo a la Señora, tú la ves más que nosotros, pues la situación es peligrosa.

—Yo también os dejo y quedo de acuerdo —se levanta Aire—. El Sol se va poniendo y he de disponer un poco las nubes para el ocaso. Me enviaste demasiadas, Agua.

Ambos se alejan monte abajo.

—¡Esos hombres! —suspira Tierra—. No saben estarse quietos. Voy por una toquilla porque está refrescando. ¿Quieres que entremos?

Agua prefiere seguir fuera todavía. Tierra se lleva a la casa las piezas de vajilla de la tisana. Agua pondera pensativa esas palabras: «No saben estarse quietos». ¡Los hombres…!

Retorna Tierra abrigada con una manteleta oscura, se sienta junto a su hija y suspira.

—¿Cuál es tu pena madre?

—¡Tantas…! Pero una me tortura porque encima les parece fantasía mi afán por resucitar el Sáhara. ¡Gastan millones para ir a Marte y con mucho menos renovarían África y la salvarían con Europa! Basta con restaurar lo que fue el desierto. En ese espacio verde

vivían los elefantes que llevó Aníbal contra Roma. ¿Recuerdas? Y tú abundabas allí, cuando con mi ayuda creaste el actual río Níger, uniendo otros dos menores. ¿Recuerdas el lago interior que, al secarse después, dejó las salinas de Taudeni? Hasta de Egipto llegaban caravanas a comprar sal. Y casi ayer florecía un imperio en Tombuctú y no hace un siglo aún se encontró un cocodrilo vivo en el macizo de Hoggar ¡nada menos!

El crepúsculo acoge esas doloridas palabras entre sus sombras.

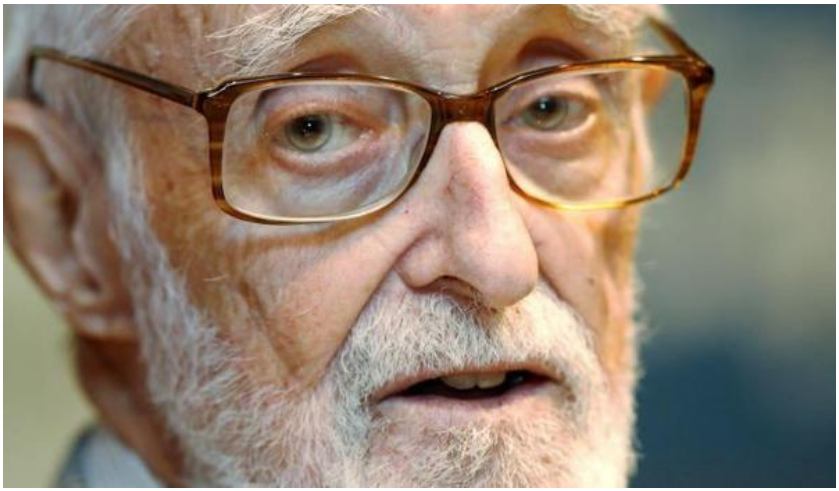
—¿Y tú, hija mía, cuál es tu secreto? Sí, para ser como eres. Tan sabia y tan sencilla, tan suave y tan fuerte, tan sumisa y tan imperiosa… Dime, ¿cómo lo haces? ¿Cuál es tu receta?

—Si se piensa en receta, no se comprende nada, Madre. Y parece mentira que tú me lo preguntes, cuando eres la firmeza misma en ser lo que eres.

—Puede, pero más limitada que tú, más prisionera de mí misma.

—Ya te has contestado sin mi ayuda —sonríe Agua—. La solución la has dado: ¡desmimísmate! No te programes, no te propongas, no alces la bandera de tu voluntad. No imites a los hombres empeñados en ser más cuando todavía no han llegado a ser lo que son; aspirando a superhombres cuando aún son seres inacabados, hombres inmaduros y de ahí su barbarie. Sigue el rumbo opuesto, empieza por vaciarte y ábrete. Ya lo dije: Vacío y Energía. No te enfrentes al mundo ni busques estar con él, ni te contentes con llegar a sentirte en él. Avanza más allá: la meta es ser mundo, serlo también tú, hacerte mundo, latir en sincronía con él, convivir su ritmo y sus pausas. Hermánate con la hoja del árbol y con la hormiga en su senda. Y avanza a la vez hacia dentro; viaja hacia ti, hazte todo lo que eres. No es complicado, mírame: yo soy río, nube, lago, lluvia, catarata, océano, lo que el mundo provoca, pero siendo siempre yo. Eso debes hacerte, o mejor diré: serte. Hasta condensarte en pura chispa de la hoguera cósmica. Hazte mundo y serás vida. Viviéndote en la Vida.

El crepúsculo acoge esas palabras entre sus sombras. El rojo vivo del geranio palidece. Dos veces sopla su canto el búho. Al fin la noche.



JOSÉ LUIS SAMPEDRO (Barcelona, España, 1917 - 2013). Vivió en Tánger hasta los trece años, y participó en la Guerra Civil Española. En 1936 fue movilizado por el ejército republicano, combatiendo en un batallón anarquista. Pasa la guerra en Cataluña, Guadalajara y Huete (Cuenca). Acabada la guerra, fue de nuevo llamado a filas y sirvió en la guarnición de Melilla.

Fue funcionario de Aduanas en Melilla, y marchó a Madrid, licenciándose en Ciencias Económicas, trabajando a continuación en el servicio de estudios del Banco Exterior de España. En 1955 obtuvo la cátedra de Estructura Económica en la Universidad Complutense de Madrid, de la que pediría la excedencia en 1969 por razones políticas. Fue profesor visitante en universidades del Reino Unido y a su vuelta a España, fue asesor económico en la Subdirección General de Aduanas y profesor en la Escuela Diplomática, el Instituto de Estudios Fiscales y la Universidad Autónoma de Barcelona. Volvió al Banco Exterior, en donde llegó a ser Subdirector General y acabó su carrera profesional de nuevo en la Subdirección General de Aduanas. En 1990, fue elegido miembro de la Real Academia Española de la Lengua.

Fue autor de obras de carácter económico y de novelas de temática variada muy celebradas. Entre las de índole económico destacan

Las fuerzas económicas de nuestro tiempo (1967); *Conciencia del subdesarrollo* (1973); *El mercado y la globalización* (2002); *Sobre política, mercado y convivencia* (2006); *Economía humanista. Algo más que cifras* (2009), etc. Entre sus obras narrativas son renombradas *El río que nos lleva* (1961); *Octubre, octubre* (1981); *La sonrisa etrusca* (1985); *La vieja sirena* (1990); *El amante lesbiano* (2000) y *Monte Sinaí* (2012), entre otras.

Fue un escritor, humanista y economista español que abogó por una economía «más humana, más solidaria, capaz de contribuir a desarrollar la dignidad de los pueblos». En 2010 el Consejo de Ministros le otorgó la Orden de las Artes y las Letras de España por «su sobresaliente trayectoria literaria y por su pensamiento comprometido con los problemas de su tiempo». En 2011 se le concedió el Premio Nacional de las Letras Españolas.